

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 38

LA SEDUCCIÓN
DE AFRODITA



25 céntimos

Protagonista:
Sta. Meredith

Revista Semanal

LA SEDUCCIÓN DE AFRODITA

Novela cinematográfica basada en la película del mismo título. Exclusiva de «Provinc», Consejo de Ciento, 332.

PROTAGONISTA: SEÑORITA MEREDITH

1

En una elegante villa de la Costa Azul vivían, rodeadas de lujo y de comodidades, tres extrañas personas. Una mujer bellísima, de una belleza peligrosa, su hermano, hombre que casi nunca hablaba, y su amante, joven despierto, decidido, aventurero.

Cuando los vimos por primera vez estaban redondeando un plan. Nos puso en antecedentes de ello estas palabras del amante:

—Sé razonable, querida mía, y comprende que mi plan es el único medio que nos resta para salvar nuestra situación.

—Júrame—contestó ella—que no la amarás nunca, que sólo te propones hacerte dueño de su fortuna.

—Te comunicaré cuando vaya ocurriendo. Y si, por tu parte, encuentras una ocasión de hacer algún negocio venturoso, avísame y no lo dejes escapar. Sobre todo, Margot querida, no te fíes de tu hermano. Para mí que es imbécil.

—El pobre no es, ciertamente, muy inteligente. Pero su compañía es de gran utilidad.

El amante besó a Margot y salió. Se sentaba, pues, de una pareja que se disponía a realizar, valiéndose de su juventud él, de su juventud y su belleza ella, algunos negocios raros...

A la misma hora que tenía lugar ese diálogo en la elegante villa, Pedro de Chartrette, un millonario a quien le sobraba tanto tiempo como dinero, disfrutaba sus ocios en un yate de su propiedad, bebiendo toda clase de vinos... Procuraba pasar la vida a tragos...

Se le acercó uno de sus servidores y le entregó una carta. La abrió. Era letra de mujer y decía: «No sea hurón y venga a visitar a su vieja amiga, que tanto le quiere. Le espero hoy y le prometo una sorpresa que seguramente ha de interesarle. Su afectuosa, Clara de Pontbirey».

Cuando terminó de leer, como resignándose, llamó al criado que le había entregado la carta y le dijo:

—Ten preparado el bote para las tres de la tarde y llámame a esa hora, que heutos de ir a tierra. Estaré en mi cuarto.

En seguida se fue a lo que llamaba su cuarto, que era una estancia amueblada de modo oriental y en donde el millonario solía embriagarse con los raros y exóticos perfumes orientales, tan terriblemente inquietadores. En cuanto entró, encendió un pebetero y poco después dormía profundamente.

Y a la hora que había ordenado, el criado hubo

de despertarle poco menos que a golpes, diciendo:

—Las tres de la tarde, señor. El bote para ir a tierra está preparado.

Medio despertó nada más y repuso:

—¿Sí? Pues, andando.

En la villa de Clara de Pontbirey ya estaban reunidas gran número de damas. Entre ellas, Margot, la cual, oyendo a su amante aquella mañana, había pensado en un buen negocio con el millonario, de quien todo el mundo elegante de la Costa Azul tenía alguna noticia. Por eso había ido a aquella reunión, segura de informarse allí convenientemente de algo que le interesara. Como quien no hace la cosa, preguntó algo a la dueña de la casa. Y ésta le contestó:

—Efectivamente. Conozco y soy amiga del propietario de ese yate misterioso. Precisamente espero que esta tarde nos honre con su presencia.

—¿Sí?

—Sí. Le he enviado una carta y no podrá eludir la invitación.

—Me gustaría hablar con él.

—Ya haré la presentación.

—Muchas gracias, amiga mía.

Margot era conocida en aquel mundo elegante como condesa Margarita de Sampieri. Su origen y su fortuna eran por todos desconocidos, pero triunfaba en los salones por el prestigio de su lujo, de su belleza y de su ilustración. No le hacía falta nada más.

La acompañaba siempre, scondquiera que fuese, su silencioso hermano Juan, que nunca vela nada de lo que su hermana hacía.

Cuando llegó el millonario a la villa, todas las damas le rodearon. La condesa procuró ser presentada en seguida y luego apartarse, a una mesa ale-

jada en un rincón del jardín, en compañía de él. Sin tardanza, procuró aquella mujer entablar conversación, un tanto íntima, con el millonario. Y hasta hacerse amiga de él.

Y él, viendo que estaba al lado de una mujer, al parecer superior, no dudó en descubrir su pensamiento.

—Me causan horror estas reuniones elegantes. Prefiero el reposo y la soledad a bordo de mi yate.

—Sinceramente le envidio —repuso ella.— La vida a bordo debe de estar llena de encantos.

—¡Oh, sí, es una cosa deliciosa!

Y lleno de entusiasmo, el millonario contó las bellezas de la vida del mar, o mejor, de la vida en su yate, donde no faltaba ningún refinamiento.

—Es usted un artista —dijo la condesa interrumpiendo el relato.

—No, señorita. No soy un artista. Soy un enamorado del color y de la emoción que año al mar porque satisface por completo esas dos inclinaciones de mi espíritu.

—Es curioso —dijo ella con una sonrisa de abandono.— Hace un momento que nos conocemos, y a mí me parece que nos hemos tratado toda la vida. Tenemos los mismos gustos y nos repugnan iguales costumbres, como ésta de las reuniones.

Dicho esto, la condesa recordó la escena tenida con su amante aquella mañana. Y pensó: «He aquí el negocio esperado.» Luego, juzgando que ninguna ocasión podía ser mejor que aquella, siguió hablando, con aquella sonrisa especial.

El millonario, ganado ya por la belleza provocadora de la condesa, dijo:

Constituiría para mí un señalado honor que usted visitase mi yate.

—Para mí será el honor, y no sé cómo agrade-

cerle su invitación —contestó ella.— Iré, sí, encantada.

Se despidieron. El millonario se disponía a marchar. La dueña de la villa se acercó y le dijo:

—Me parece que le ha impresionado la condesa de Sampietri. Esa era la sorpresa que le reservaba. Se trata realmente, no lo negará usted, de una mujer bellísima.

—Efectivamente. La condesa es encantadora. Pero no es mi tipo. No hay nada que temer, amiga mía. La mujer que a mí me conquistó ha de parecerse al óleo de Lawrence que yo guardo como un tesoro en mi cámara del yate. Usted ha visto aquel cuadro. Aquello sí que es una bellísima mujer. La condesa no se le parece en nada.

—Sin embargo...

—Nada, le repito que no es mi tipo. Hablando de otra cosa, no creo que sea ésta su sorpresa.

—En efecto, no lo es. Pero creyendo que la condesa le había hecho gran impresión, le he dado esa broma. La sorpresa, volved los ojos y la encontraréis.

Llegaba en aquel momento el doctor Felipe Lafaux, amigo de la niñez del millonario, al que no había visto éste hacía mucho tiempo. Realmente, el verlo, y la dueña de la villa lo sabía, era una gran sorpresa.

Se abrazaron. Y el doctor viendo la palidez de su amigo, le dijo:

Has vuelto a los narcóticos. No lo niegues. Sin embargo, antes de separarnos la última vez, me prometiste renunciar a ellos.

—Es verdad que lo prometí. Pero mi voluntad es débil.

—Pues es preciso acabar con ese vicio. Te iré a

visitar al yate. Quiero que vuelvas a ser un hombre sano.

A la tarde siguiente la condesa recibió noticias satisfactorias. Primero, una carta de Gino, su amante. Le decía que su asunto marchaba perfectamente. La muchacha a que había puesto cerco era una huérfana millonaria con un tutor nada honorable... Después, otra, de carta, de un policía particular, al que había encargado una misión. El policía le decía: «Pedro Charrette. Huérfano de padre y madre. Edad, 31 años. Padece neurastenia. Su fortuna se calcula en cuarenta o cincuenta millones».

Sonrió la condesa de un modo misterioso. Luego, complacida, se dijo:

—El asunto de Gino es importante. Pero en esto del millonario Pedro Charrette, neurasténico, creo que le llevo gran ventaja.

Y volvió a sonreír, como si ya tuviese los millones en sus manos.

II

Mientras la condesa, en su villa, sonreía, Irene Dupuy, protagonista de esta historia, se aburría soberanamente.

Irene Dupuy era la muchacha a quien el amante de la condesa había puesto cerco. Era muy joven y de una belleza extraordinaria, natural e ingenua. Cuando murieron sus padres, todavía era una niña, y quedó bajo la tutela de un tío suyo llamado Ramón. El cual tío era un hombre huraño y déspota, poco a propósito para satisfacer los sentimientos

efusivos del alma sensible y encantadora de su sobrina.

Por esto, en cuanto un hombre, y más siendo cursido en estas cosas como Gino, la cortejó, la joven se sintió dichosa, hechizada, loca de alegría...

Y esperaba con ansia la hora en que el que creía enamorado había de llegar. Y le hablaba siempre con el corazón en la mano.

Aquella misma tarde se aburría porque Gino tardaba en llegar.

Este tardaba expreso, para que se deseara su llegada. Por otra parte, había entrado en un café para escribir la carta a su amante.

La cual, como sabemos, la había recibido ya, como también la de un policía. En seguida se dispuso a ir al yate, como había prometido el día anterior. Pedro la recibió encantado. Y ella, contentísima, hablaba hasta por los codos, sonriendo siempre con su sonrisa picaresca.

—Aquí vivo—decía el millonario—feliz, entre el cielo y el mar, sin sufrir ajenas impertinencias ni hacer a nadie víctima de las mías.

—Realmente, puede usted considerarse feliz.

En seguida Charrette mostró a la condesa el interior de su casa flotante. Y cuando llegaron a su cuarto, exclamó:

—Este es mi retiro predilecto; mi cuarto, mi cámara; el Alcázar, como yo le llamo, de los sueños y del olvido.

—Decididamente, os envidio, querido amigo. Sois el artista de vuestra propia vida, a la que habéis exaltado hasta un punto imponderable. ¿Qué no daría yo por saber y poder imitaros y viajar sin término en la maravilla de un yate parecido!

—Podéis disponer de éste como si fuera vuestro.

—¿De verdad? ¿De verdad ponéis éste a mi

disposición? Pues os cojo la palabra. Mi hermano y yo hemos de ir a Nápoles. ¿Quiere usted conducirnos en su yate?

—Ya os he dicho que podéis disponer de él. Nos haremos a la mar mañana por la tarde, si esto no contraría vuestros proyectos.

—De ningún modo. Partiremos mañana por la tarde.

En esto, llegó el doctor. La condesa se separó un poco para dejar hablar a los dos amigos. Y el doctor dijo:

—Veo, querido amigo, que te civilizas hasta el punto de recibir en tu yate a la condesa de Sampietri. De todo corazón te felicito, ya que eso es señal de que tu neurastenia puede tener remedio.

—Te confieso que estoy satisfecho. Partimos mañana para Nápoles. Y confío en que esta excursión romperá la monotonía de mi vida. ¿Quieres acompañarnos en ese viaje?

—Agradezco tu invitación y la acepto. Formaré parte de la excursión. Y, como médico, no perderé el tiempo. Observaré la influencia que una mujer puede ejercer en la curación de la neurastenia.

Mientras en el barco tenían lugar estas escenas, Gino había logrado ser presentado por un amigo común al tutor de Irene Dupuy. Y no sólo ser presentado, sino que hasta lograr tomar parte en la partida de *baccará* que cotidianamente se jugaba en aquella casa. Claro es que, más que al juego, el caballero Gino atendía a la joven millonaria, y que, aprovechando los momentos en que los jugadores se desplumaban, lograba acercarse a ella y decirle palabras encendidas, propias para hacerle aborrecer aún más su soledad.

Como se convino esta tarde, al día siguiente el yate de Pedro Chartrette se hizo a la mar, rumbo a

Nápoles, llevando en su seno, como invitados, a la condesa y su hermano y al doctor Lafaux, el cual se mostraba francamente satisfecho, creyendo que aquella excursión contribuiría a combatir la neurastenia de su fraternal amigo.



—Sea enhorabuena, Pedro—dijo al millonario cuando el yate se ponía en movimiento.—Una mujer bella y no los narcóticos es lo que hace agradable la vida de un hombre.

Pero, horas después, con gran sentimiento por su parte, el doctor hubo de convencerse de que no sería la condesa la que curaría a Pedro de la perniciosa costumbre del uso de los narcóticos. Pues vió cómo los dos entraban en el cuarto del millonario, se encerraban en él y encendían los pebeteros para que ardieran las hierbas de perfumes adormecedores. El doctor no sabía qué era esto precisamente lo que

convenía a la condesa para realizar sus planes. La condesa necesitaba habérselos con un hombre sin voluntad, sin energías, para dominarlo...

La misma noche que partió el yate el caballero Gino celebraba una secreta conferencia con el tutor de Irene, a la que asistía ésta como testigo invisible. Mas ella no podía oír lo que hablaban. De oírlo, habría adivinado las intenciones de su pretendiente, que no eran, como sabemos, muy buenas. Claro es que nada dijo en la conferencia por lo que pudiera suponerse su oculto pensamiento. Pero era fácil adivinarlo.

Aquella tarde, en el juego, Gino había ganado al tutor de Irene una fuerte cantidad. Pero a crédito. Esto fué lo que le sugirió a Gino la conferencia. Así, pues, dijo al tío de la huérfana:

—Me debéis ciento cincuenta mil francos, que estoy dispuesto a perdonaros si me concedéis la mano de vuestra sobrina.

—Accedo a condición de que usted renuncie a la dote y haga que ella apruebe las cuentas de la tutela.

Dados sus propósitos, el caballero Gino no podía aceptar las proposiciones del tutor de Irene, y así lo dijo con cierta crudeza.

Y poco después logró tener una entrevista con la joven, a la que dijo:

—No lograrémos tu consentimiento, necesario mientras tú seas menor de edad.

—¿Qué va a ser de mí hasta entonces?

—Hay un medio de acabar con esta situación. Si tú tienes confianza en mí, huyamos juntos. Una vez casados, no tendrá más remedio que conformarse.

—Déjame un día para meditar.

—Bien. Hasta mañana. Confío en que accede-

rás. Es ése el único medio que tenemos para lograr nuestra felicidad...

Llegó el día siguiente, y, en el yate, Pedro Charrette se mostraba satisfechísimo de su pasajera. En cambio, el doctor no podía disimular su tremendo disgusto. Y aprovechando un momento en que la condesa había dejado solo a su amigo, se acercó a él y le dijo con tono de censura:

—Creí que la presencia de esa mujer a bordo sería benéfica para dominar tus vicios, y ha resultado todo lo contrario. Has encontrado en ella el cómplice más peligroso.

—Es que...

—No la defiendas. He comprendido su juego. Se trata de una mujer que está dispuesta a todo por conquistarte, que es tanto como conquistar tus millones. Pero, en fin, no debéis preocuparos de mí. Estoy dispuesto a desembarcar en el primer puerto a que lleguemos. No quiero ser espectador de la ruina física de mi mejor amigo, a quien no hacen la menor mella mis consejos.

El millonario iba a contestar con alguna disculpa. Pero llegó la condesa y no acertó a decir nada. El doctor, en cuanto llegó ella, se alejó sin mirarla siquiera. La condesa se dió cuenta de lo que ocurría y dijo al millonario, sonriendo, con su conocida sonrisa de abandono:

—Me parece que el doctor os censuraba que continuaseis usando de los narcóticos en mi compañía.

—Sí, en efecto.

—Vuestro amigo no sospecha que sus censuras, lejos de desunirnos, crean entre nosotros cierta complicidad que hace más firmes los fundamentos de nuestra amistad.

Pedro iba a contestar, pero eran tan insinuan-

tes las palabras, las miradas y las sonrisas de la condesa, que se abandonó al encanto de ellas.

El doctor, que veía la escena desde lejos, exclamó:

—Perdido, irremisiblemente perdido.

Obscurecía. El mar, azul y sereno, era un espectáculo de maravilla. La condesa, recostada en una hamaca, sonreía a Pedro Charreute del mismo modo que puede sonreír un gavián a un pobre pajarillo al que piensa engullir.

Y allá en la villa de Irene Dupuy, ésta preparaba atropelladamente sus ropas y joyas más imprescindibles para huir poco después; se había decidido a abandonar la casa de su hurano y despótico tío. Gino la aguardaba ya en el jardín, avisado por ella de su aceptación de la fuga.

Y a la misma hora que la condesa sonreía a Pedro, en alta mar, Irene salía de su casa, caía en los brazos de Gino, como buscando refugio, y salía de su villa en seguida, no sabiendo aún hacia dónde.

III

Para llevar por completo a la práctica sus proyectos de seducción, Gino había sacado dos pasajes en un vapor que partía aquella misma noche para Egipto. Y allí llevó, desde el jardín de su villa, a la joven Irene. Nada había ocurrido aún y nada había de ocurrir tampoco que menoscabara el honor de la muchacha.

Una vez instalados en el camarote, Gino dijo a Irene:

—Quiero asegurarme de que tu tío no ha tomado ninguna medida contra nuestra fuga. A esta hora, ya habrán marchado sus compañeros de juego y se habrá dado cuenta de tu huida. Voy, pues, a tierra a enterarme de lo que haya pasado. El barco tardará aún una hora en salir. Pero vendré antes. Sólo tendrás que esperarme un momento.

Todas estas palabras de Gino eran falsas. A lo que salía era a ver si tenía carta de su amante, esperada con impaciencia. Y apenas había salido él en busca de la carta esperada, cuando la carta era llevada a su camarote, pues ya había dicho en el hotel que embarcaba aquella misma noche.

Irene aguardaba, aunque sólo hacía un momento que había salido, a su amado con impaciencia. Cuando llamaron a la puerta del camarote estuvo a punto de dar un grito. De alegría, por si era el amado; de temor, por si era que venían a buscarla...

Abrió. Un criado, entregándole la carta, dijo:

—Acaban de traer esta carta urgente para el caballero Gino Rovetta.

La cogió. Volvió a cerrar la puerta. Y, con la carta en la mano, su curiosidad de enamorada pudo más que su discreción. Abrió, pues, la carta, y la leyó. Apenas si acertaba a dar crédito a lo que estaba leyendo. Aquella carta, que era de la condesa, decía así: «Gino adorado: De acuerdo. Parte con ella, puesto que es el único medio de apoderarse de la dote de esa daniseña. No me olvides y piensa que yo también trabajo para los dos.—Margat»

Herida de muerte en su nascente amor, Irene sólo pensó en huir. Recogió sus cosas, hizo un paquete con ellas y ya iba a abrir la puerta del camarote, cuando llegó Gino. Ella, sin decir nada,

le arrojó aquella carta al rostro. Y él, con serenidad, le contestó:

—Puesto que ya lo sabes todo, será preciso que me obedezcas si quieres salvar la vida. La desaparición de una persona a bordo de un transatlántico no es cosa difícil.

—Es usted un miserable. Gritaré, pediré socorro.

—Le ruego que no lo intente. Le va en ello la vida.

No obstante estas amenazas, Irene se arrojó sobre Gino dispuesta a vender cara su vida, decidida a salir, fuese como fuese, del camarote. Pero ella era débil y él fuerte. Y poco después, totalmente vencida, con la boca tapada para que no pudiese gritar, Gino la tendió en la cama y la ató a ella. Luego le dijo:

—Vuelvo a salir y te dejo encerrada. No volveré hasta que el barco haya partido. Espero que en ese tiempo decidas sobre tu suerte, con la esperanza de que no me obligarás a adoptar medidas extremas.

Dicho esto, salió, cerrando la puerta tras sí.

Irene le vió salir y cerrar, angustiada y temerosa. En seguida, sin embargo, reaccionó con todas sus fuerzas y con todo su ánimo, logrando en un momento de esfuerzos desesperados romper las cuerdas con que había sido atada a la cama. Hecho esto, cogió nuevamente sus cosas, rompió el cristal de la ventanilla del camarote y salió por ella hacia el mar, dispuesta a huir, fuese como fuese, de las garras de Gino, del canalla Gino, que con sus frases de amor supo llevarla a dar aquel paso.

Momentos después, fatigada, exánime, estaba ya fuera del barco. Se refugió en una lancha cer-

cana, sin notar que aquella lancha estaba unida al transatlántico por un cable.

Sin duda, alguien, desde el vapor, había de volver a tierra de un modo oculto. De aquí que aquella lancha estuviese amarrada. Pero Irene no podía ver nada de aquello. Estaba vencida por las muchas emociones de aquel día y, en cuanto se creyó segura, se dejó caer sobre las húmedas tablas de la barca, más bien desmayada que dormida. Y una hora después, en las altas horas de la noche, el barco en donde iba Gino partía del puerto, arrastrando en su marcha a la lancha en que Irene se había refugiado.

El barco, grande y moderno, marchaba con una velocidad extraordinaria. Antes de la madrugada adelantó al yate de Chartreue, salido días antes. Bien es verdad también que el yate no llevaba ninguna prisa y que marchaba como un hombre que sale de paseo por el campo fijándose en todas las cosas que ve, sin apresuramiento.

El hombre que hubiera de salir del vapor, no debieron salirle bien sus planes y no salió. Y como la barca sólo estaba amarrada de un modo ligero, entre las olas y el peso de Irene, se desprendió al fin. Quedó a merced del mar, en plena noche, la joven raptada: menos mal que aun continuaba desmayada o dormida.

En tanto, la vida continuaba siendo grata para la condesa de Sampietri a bordo del yate del millonario.

Y aquella noche, al salir del alcázar, ya de madrugada, y despedirse para retirarse cada uno a su propio camarote, dijo la condesa:

—El doctor no me perdonará nunca que haya venido a compartir con él los afectos de vuestro corazón.

—Sin embargo, es mi mejor amigo.

—No lo pongo en duda. Por eso es tan egoísta.

Dicho esto, la condesa se retiró y el millonario fué a dar una vuelta por cubierta, donde aun estaba el doctor charlando con los marineros.

Uno de éstos, que escudriñaba el horizonte, dijo de súbito:

—¡Atención! ¡Una barca al garete por la parte de estribor!

Todos los marineros y el médico y el millonario acudieron al lado del que había pronunciado aquellas palabras, para ver si decía verdad.

En efecto, se veía una barca abandonada en alta mar. Los marineros del yate, antes de recibir ninguna orden, se apresuraron a acudir en socorro de los presuntos naufragos. Y poco después partían en las barcas del yate. No tardaron mucho en volver, con una joven desmayada. Era Irene...

La prepararon una cama cómoda en un camarote de los mejores. Y el doctor comenzó a prestarle sus cuidados. Poco después, Irene volvía en sí y, al abrir los ojos y ver ante ella a personas desconocidas, exclamó:

—¡No me hagan daño! ¡Tengan compasión de mí!

—Está usted en manos de gentes que puede considerar como amigas—respondió el doctor.

—Gracias. ¡Soy muy desgraciada!

—Bien. Ahora, no piense en eso. Sólo debe pensar en curarse. Está usted como si hubiera pasado una terrible enfermedad...

—Ayer me encontraba bien. Pero de ayer a hoy, ¡cuánto tormento!

El salvamento de aquella desconocida sirvió para dar un nuevo atractivo a la vida de a bordo

en el yate. Al día siguiente no se hablaba allí de otra cosa.

Cuando el doctor apareció, por la mañana, el millonario le preguntó:

—¿Todavía no ha sido posible averiguar nada de la procedencia de la barca y de su ocupante?



—No. No he creído prudente preguntar nada a esa muchacha aun. La pobre se ve que ha sufrido mucho.

—Es raro. La barca no tiene indicación ninguna...

—Debemos esperar a que se reponga y se tranquilice la muchacha. Entonces será hora de preguntarle alguna cosa...

En seguida de dicho esto, el doctor volvió al camarote de Irene, la cual estaba muy animada,

aunque no, ni mucho menos, ágil para abandonar el lecho.

El doctor, acercándose a ella y entregándole unos papeles, dijo:

—He encontrado estos billetes en uno de los bolsillos de su vestido.

—Bien.

La enferma fué poco a poco mejorando. El doctor no salía del camarote de ella nada más que lo imprescindible. Le prestaba los cuidados más minuciosos, interesado en que recobrará toda su salud, y no dejaba permanecer mucho tiempo allí ni al millonario ni a la condesa. Esta estaba muy contenta de lo que ocurría. Pues el doctor, absorto por el cuidado de la enferma, había dejado de ser un testigo molesto para sus planes.

Un día, para probar la influencia que tenía sobre el millonario, dijo en tono como de aburrimiento:

—¡Tengo unos deseos de que lleguemos a Nápoles!...

—No me explico vuestra prisa por llegar al fin del viaje — repuso, rápido, el millonario. — ¿Tan mal os va a bordo de mi yate?

—Bien sabéis que no, Pedro, y mucho menos ahora que, esclavo de sus deberes profesionales, el doctor se ha olvidado por completo de mi presencia en el yate.

—¿Entonces...?

—Tengo deseos de llegar, no sé por qué. Y, por otra parte, no quisiera que llegáramos nunca... ¿Se está tan bien a vuestro lado?

Y se sonrió, como ella sabía, conturbando al millonario una vez más.

IV

Merced a los cuidados del doctor y a la energía poderosa de la juventud, Irene entró pronto en franca convalecencia. Y, al fin, un claro y luminoso día de sol, salió del camarote, acompañada por el doctor.

Al reunirse, en cubierta, con el millonario y con la condesa, Irene dijo a todos:

—Gracias, muchas gracias por vuestras bondades. Ahora, yo os suplico que no me abandonéis ni me preguntéis nada acerca de mi vida. Yo procuraré que apenas notéis mi presencia en el yate. Y sólo permaneceré en él el tiempo necesario para decidir sobre mi porvenir.

—Estaréis aquí cuanto tiempo os plazca — le contestó el millonario. Y nadie (pues que así lo deseáis) os preguntará quién sois ni de dónde venís. Seréis para nosotros, Afrodita Asaná, ya que, como la diosa griega, surgisteis de las ondas mediterráneas.

Cuando, por disposición del médico, se dispuso que Irene saliera aquella mañana a cubierta, la condesa proporcionó ropas a la joven, pues que ella sólo tenía las puestas cuando fué recogida en la barca. Vestida, pues, con elegancia, Irene parecía otra. Salió a la hora del desayuno. Lo primero fué el diálogo que hemos transcrito, después, el millonario no pudo disimular la impresión que le producía la presencia de Irene, es decir, de Afrodita, como se había convenido en llamarla. ¡Es

que la joven era la viva representación del óleo de Lawrence!

El millonario, maravillado de aquel descubrimiento, volvió la espalda a la condesa y dijo a Afrodita:

—Le he prometido que nadie le dirigirá preguntas acerca de su pasado.

—Gracias. Me sería muy doloroso tener que referir las causas de mi presencia aquí. De todos modos, sepan que no he cometido ninguna mala acción.

—No le conviene mucho aun hablar seguidamente—dijo el doctor, y se llevó a Afrodita a pasear.

En cuanto se alejaron, la condesa dijo al millonario:

—Esa muchacha nos librará de la vigilancia enojosa del doctor, que parece haberse enamorado de ella. Podremos así vivir nuestra vida en plena libertad.

Desde aquel día, Afrodita, rehuendo siempre la presencia de los que le dieron asilo, temerosa de que si los trataba asiduamente no podría callar su pasado, se entregó por entero a gozar la felicidad de aquel viaje delicioso por el mar.

Mas, una noche, cuando se retiraba a descansar, sorprendió, sin querer, un diálogo entre el millonario y el doctor, que estaban junto a la puerta del alcázar, en donde ya había entrado la condesa.

El doctor decía:

—Mi amistad y mis consejos pueden menos que la seducción de esa mujer. Creo que no hay remedio para ti. Los narcóticos y la condesa continúan su obra de aniquilamiento de tu débil voluntad.

Llamó la condesa, desde dentro, a Pedro, y

este, en lugar de contestar al doctor, entró en el alcázar.

El doctor se retiró malhumorado. Afrodita le salió al paso y dijo:

—He oído sin querer. ¿Está enfermo?

—Sí, está enfermo. Enfermo de la peor de las enfermedades, porque radica en la voluntad. Sólo una mujer como usted, pura y buena, podría curarle.

—Pues yo le curaré, si es que puedo. Yo le cuidaré. ¡Si viera usted cuánto deseo pagarle su generosa hospitalidad! ¡Dígame usted qué es lo que debo hacer! Lo haré...

El doctor expuso a Afrodita lo que ella podría hacer para que Pedro se curara. Y Afrodita le contestó:

—Intentaré curarle.

Al día siguiente comenzó, sin titubeos, a poner en práctica los consejos del doctor. Es decir, a hacer un papel de interesada grandemente por el millonario, a estar constantemente a su lado, a alejarle de la condesa, casi podríamos decir a seducirle. Lo cual no era difícil. Pues además de que Afrodita era muy bella, se parecía, como ya hemos dicho, al óleo de Lawrence, encanto del millonario.

La condesa se dio cuenta de que Pedro estaba más frío con ella. Y como no estaba dispuesta a perder el terreno ganado, le dijo una mañana:

—Desde hace algunos días, no me parecéis el mismo, Pedro. Temo que el doctor me haya ganado terreno en vuestro corazón. Esperadme esta noche en vuestro alcázar. Iré cuando vuestro amigo se haya retirado a su camarote.

Había en estas palabras una promesa de en-

rega. El millonario lo advirtió y, fuera de sí por el deseo, accedió.

Afrodita había oído esta conversación. Por la noche, sin que nadie la viese, vigiló. Cuando vio a la condesa entrar, se fué en busca del doctor y le preguntó:

—¿Queréis decirme por qué esa mujer va secretamente a la habitación del señor Chartrette y por qué se oculta principalmente de vos?

—Porque allí se entregan al uso de narcóticos, que yo tengo prohibidos a mi amigo Pedro.

—Ahora comprendo por qué la otra noche le reprochabais la amistad con la condesa.

—Claro. Sin esa amistad, ya no se entregaría él a ese vicio.

—Ya veo que esa mujer es un gran peligro para el señor Chartrette. ¡Qué feliz sería yo si lograra salvarlo!

—Continúe usted influyendo sobre él. Acaso podamos todavía curarlo.

—Todo lo sacrificaría porque él fuera dichoso.

Desde el día siguiente, además de distraer a Pedro, Afrodita procuró vigilar a la condesa.

Por la tarde oyó que ésta le decía a su hermano:

—Mañana hacemos una escala. Si yo no pudiese bajar a tierra, irás tú a telegrafiar. Le dirás que todo marcha perfectamente.

—¿Lo crees así?—le preguntó su hermano.

—Sí. Le tengo dominado por completo. Una palabra mía bastará para convertirme en la esposa de Pedro Chartrette...

Estas palabras llenaron de confusión a Afrodita, pero, no comprendiéndolas suficientemente, nada dijo de ellas a nadie.

Al día siguiente, la condesa logró bajar a tierra

en compañía de su hermano. Pedro puso algún reparo, pero, al fin, accedió. Afrodita, cuando ya la condesa se había ido, siguiendo las instrucciones del doctor, se acercó a Pedro y le preguntó:

—¿Cómo es que no ha ido usted a tierra? ¿Acaso se ha quedado usted con el solo deseo de hacerme compañía?

—Habéis acertado, Afrodita. Soy tan feliz a vuestro lado, que no puedo acostumbrarme a la idea de que ha de llegar un día en que abandonéis el yate.

—¿Oh, qué galante!

—No, Afrodita, no es galantería. Como la diosa ática habéis surgido en las ondas entrecapadas de mi vida. Nada sabéis de ella. Escuchad el relato de mis desventuras.

Y atropelladamente, con balbucientes palabras, Chartrette refirió a Afrodita la historia de sus desilusiones, de sus pesimismo, de todo lo que le había llevado a huir de las gentes y a entregarse a los paraísos artificiales de los narcóticos.

—Bien—le dijo ella.—Ahora es preciso que espante esos negros pajarracos que revolotean en vuestro corazón. ¡Hay que ser alegres! Ved a vuestra amiga que regresa a bordo.

En efecto, llegaba la condesa. En el bolso de mano traía una carta, casi toda fuera. Y Afrodita reconoció la letra. Aquella carta era de Gino. Y se dijo para sí: «Necesito leer esa carta.»

El doctor, que estaba a su lado, la oyó y le preguntó:

—¿Qué decís?

—No me hagáis caso. Lo que acabo de decir no tiene importancia... por lo menos hasta ahora.

Aquella misma noche, después de la comida, Afrodita encontró un pretexto para salir del co-

medor. Inmediatamente entró en el camarote de la condesa, buscó la carta y la leyó. Decía: «Adorada Margot: Es preciso que te vea cuanto antes. Procura que el yate venga a Cannes. Mi asunto ha fallado. La muchacha escapó y temo las consecuencias. Supongo que tu «combinación» sigue «viento en popa». Es preciso apresurar el desenlace. Tu lema debe ser: matrimonio o escándalo. Piensa en que te ama tu Gino.»

El doctor, que había seguido a Afrodita desde el comedor, sospechando algo, entró en el camarote de la condesa y leyó también la carta de Gino. Luego dijo:

—Esa mujer es más infame de lo que yo suponía. Ahora es preciso que usted me explique cómo pudo sospechar...

—Iremos a mi camarote y le explicaré. Ahora, dejemos la carta en su sitio y salgamos de aquí.

Momentos después, Afrodita contaba toda su historia al doctor. Por último, dijo:

—Yo sabía que Gino tenía una cómplice. Cuando vi hoy la carta comprendí que era ella...

—Arriba está, convenciendo a nuestro amigo Pedro de que debemos ir a Cannes. Y lo convencerá sin duda. Acaso ya haya dado la orden a los marineros. Si así fuera, dentro de dos días llegaremos a esa ciudad. Entonces será tiempo de descamascararla. Entretanto, mejor será que no digamos nada. ¿Le parece?

—Sí. No debemos decir nada, porque sería inútil. En cambio, en Cannes, tendremos la prueba evidente y definitiva...

V

Dos días después, en una mañana luminosa y encendida, el yate, meciéndose en el azul del mar y bajo el azul del cielo, llegaba a Cannes. No entró en puerto. Se quedó en la lejanía. La condesa y su hermano fueron a tierra en una lancha. Pero antes que ellos, habían ido ya Irene y el doctor, dispuestos a poner fin a la comedia que la condesa estaba representando con el hombre a quien los dos querían: el doctor con fervor de amigo, Irene con amor de mujer. Pues esa era la verdad. Irene se había enamorado, con toda la fuerza de su juventud, de Pedro Chartrette.

En el muelle, Irene y el doctor esperaban, ocultos para que ellos no los viesen, a la condesa y a su hermano. Pronto llegaron. Le esperaba un hombre al cual antes no habían visto. Era Gino. Así lo dijo Irene al doctor.

Gino, en cuanto estuvo ante la condesa, dijo:

—Hace dos días que estoy aquí indagando el paradero de Irene Dupuy sin que hasta ahora hayan tenido éxito mis pesquisas.

—Sí que es raro.

—Se escapó cuando ya la tenía en el barco. Temo que se haya ahogado.

Diciendo esto, echaron a andar hacia la ciudad.

El doctor dijo a Irene:

Sería conveniente enviar a alguien a bordo para que avise a Pedro. Quisiera que él mismo se convenciera de las infamias de esa mujer.

—Sí, debemos avisarle.

El doctor escribió en un papel: «Te ruego que sigas el portador de esta nota. Se trata de una cuestión importantísima, en la que tanto Afrodita como yo tenemos vivísimo interés.»—*Felipe.*» Llamó a un lacayo, le dio el encargo de que fuese al yate, y seguidamente siguieron, desde gran distancia, a la condesa y a sus acompañantes, para no perderlos de vista.

La condesa, que no estaba muy tranquila, sabiendo que el doctor había desembarcado antes de que ella, no cesaba de mirar a todas partes para ver si era vigilada. Y una de las veces que miró hacia atrás, inquisitivamente, descubrió al doctor y a Afrodita. En seguida, exclamó:

—¡No miréis para atrás! ¡Creo que nos espían!

—Si así es, continuemos nuestro camino—repuso Gino.—A donde vamos, barrio muy apartado, nos será fácil deshacernos de testigos molestos.

Mientras así hablaba Gino, la condesa sacó un pequeño espejo para poder ver constantemente a sus perseguidores sin necesidad de volver la cabeza. Gino hizo lo propio, y al ver quién era la mujer que les seguía, exclamó:

—¡Esa mujer es Irene Dupuy! ¿Cómo es posible? ¡Será preciso dar el golpe definitivo!

Poco después habían atravesado, unos detrás de otros, gran parte de la ciudad, llegando a unas calles estrechas y en cuesta, poco menos que inaccesibles. Y en una de estas calles, en una casa sola de un cruce, entraron la condesa y sus acompañantes.

Irene y el doctor los vieron entrar. Y el doctor dijo en seguida:

—Creo que no nos han visto. Quédese usted aquí, mientras yo voy al muelle a recoger a Pedro.

Si vamos los dos, además de que usted se cansaría, luego sería fácil que no encontráramos la casa.

—Bien; vaya usted. Yo me resguardaré en el umbral de esa otra puerta de al lado, por si acaso se asoman a la ventana, para que no me vean.

—Perfectamente. Estaremos aquí los dos dentro de unos momentos.

El doctor marchó y Irene hizo lo que había dicho. El umbral de la puerta donde pretendía ocultarse estaba a un metro de la otra puerta por donde la condesa y sus acompañantes habían desaparecido. Los cuales, en cuanto llegaron arriba, abrieron sigilosamente una ventana, y con el espejo, para no asomarse, vieron a Irene sola.

—Seguramente—dijo la condesa—el doctor ha ido a buscar a Pedro Chartrette, que se quedó en el yate. Si es así, estamos perdidos.

—No, todavía no—repuso Gino.—Afortunadamente, nos será fácil deshacernos de ella y despistar a los otros dos.

—¿Lo crees así?

—Sí. Vas a verlo ahora mismo.

La puerta sobre que Irene se apoyaba pretendiendo ocultarse, pertenecía también a la casa en que sus enemigos habían entrado. La joven, tranquila, esperaba allí el regreso del doctor. De pronto, sintió que la puerta se abrió y que alguien, con una manta, le tapaba el rostro para que no pudiese gritar. Era Gino. Y envuelta de aquel modo subió a la mochincha al piso. El hermano de la condesa quiso oponerse a que otaran a la joven, con la que había hablado alguna vez en el barco y por la que sentía una vaga y tierna simpatía. Gino le apartó de un empujón y le llamó imbécil. La condesa miraba a Irene desafiadoramente. En un momento Irene quedó fuertemente amarrada con cuer-

das finas y fáciles para los nudos, que no se desatan sin esfuerzo. Y cuando estuvo amarrada, Gino le dijo:

—Esta vez no se repetirá el caso del transatlántico, señorita.

Irene miró con desprecio a Gino y no contestó. Este añadió:

—Ahora será preciso que nos obedezca ciegamente si quiere salvar su vida.

Luego, dirigiéndose a la condesa, agregó:

—Permanecer aquí sería peligroso. Yo buscaré un lugar secreto donde trasladar a esa muchacha. Ahora, la llevaré al sótano.

Cuando volvió de esta tarea, dijo al hermano de la condesa:

—Tú, quédate aquí. Eres demasiado imbécil para sernos útil. Y, si no, mejor es que vayas al garaje y digas que me envíen un auto con el depósito de gasolina completamente lleno. ¡Andando! ¡Y ya estás de vuelta!

Salió el silencioso joven.

Un momento después llegaban ante la puerta de la casa misteriosa el doctor y Pedro Charritte. El doctor se mostraba extrañadísimo de no encontrar allí a Irene.

Estoy seguro de que es aquí—dijo.

Y empezó a dar vueltas para convencerse mejor. Luego se acercó a la puerta donde dejó a Irene y allí encontró un rasero elocuente. Cogido entre la puerta y el escalón, había un pañuelo que Irene llevaba al cuello.

Convencidos, pues, de que Irene había caído en poder de la condesa y sus cómplices, el doctor y después el millonario se dispusieron a entrar en la casa. No había otro medio que la cañería del agua. Agarrándose a ella, como gatos, subieron,

para entrar por la ventana del piso, que estaba abierta.

Cuando entró el doctor, que subió primero, no habla nadie. Pero pronto vio ante sí a la condesa y a Gino, que sin duda volvían de hablar con Irene. El doctor, pues, viendo que Gino se disponía a arrojarle sobre él, se adelantó a este designio. Y comenzó una lucha de fieras. Poco después entraba por la ventana el millonario, que también, inmediatamente, sin hablar, tomó parte en la lucha. Nadie hablaba. La condesa y Gino llevaban las de ganar. Eran más fuertes que sus adversarios.

De pronto ocurrió una cosa imprevista. Entraron, por diferentes sitios, un montón de guardias. Era que el hermano de la condesa, cansado ya de los continuos insultos que Gino le dirigía, se había propuesto vengarse, y en lugar de ir en busca de un automóvil, había ido a avisar a los guardias.

Pronto, pues, la condesa y Gino se vieron reducidos a la impotencia. Los guardias los ataron y se dispusieron a llevarlos a la cárcel.

El doctor preguntó:

—¿Dónde está Irene?

—Está abajo, en el sótano—contestó el hermano de la condesa.—Venga usted.

Fueron los dos y volvieron en seguida con la joven.

Gino, dirigiéndose a sus adversarios, cuando ya los guardias se los llevaban, exclamó:

—Nos habéis ganado la partida. Pero ya tomaremos la revancha.

Nadie le contestó. No valía la pena.

Poco después volvían al yate, su dueño, el doctor, Irene y el hermano de la condesa, a quien Pedro no sabía cómo agradecer el servicio que les había hecho.

Aquella misma tarde se hicieron a la mar, sin rumbo fijo.

Y pocos días después, hablando solos en un apartado rincón de la cubierta, Irene decía al millonario:

—¡Qué lástima haber dejado de ser Afrodita para convertirme en la prosaica Irene Dupuy!

—De cualquier modo, eres encantadora, bella muchacha.

—¿Sí? Pues me alegro de saberlo. Porque ahora ya puedo disponer de mi porvenir. Desde ayer soy mayor de edad y puedo casarme sin consultarlo con mi padrino... Es decir, si hay quien me quiera... Yo creo que alguien me querrá, ¿verdad?

—Afrodita, Irene, tanto da, hay ya quien te quiere y mucho. ¡Ya! ¿Quieres ser mi esposa?

El doctor, que pasaba cerca, se alejó apresuradamente para no interrumpir el eniente idilio.

Irene, en lugar de contestar, se arrojó en los brazos del millonario.

Empezaba a oscurecer y las estrellas que iban apareciendo en el cielo brillaban frenéticas, como aconsejando a los dos enamorados que se besaran.

Y ellos hicieron caso del grato consejo.

FIN

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. 1.a colección completa, franco de portes, 22 ptas.

x x x

ARGUMENTOS · NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

x x x

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

x x x

El Doctor Mabuse.—Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925 — Barcelona